HARLEQUIN™

Bianca™



Riqueza y poder

Carol Marinelli

Riqueza y poder

Carol Marinelli



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2007 Carol Marinelli. Todos los derechos reservados.
RIQUEZA Y PODER, N.º 1853 - julio 2011
Título original: Expecting His Love-Child
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2008

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Bianca son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-9000-671-9
Editor responsable: Luis Pugni

Capítulo 1

TENÍAN que estar rompiendo, decidió Millie. O, más bien, *él* estaba rompiendo con ella.

Con objeto de no aburrirse mientras servía a los clientes en el exclusivo restaurante de Melbourne en el que trabajaba, Millie Andrews inventaba una historia para cada una de las mesas que atendía.

Y ahora, cuando el reloj estaba a punto de dar la medianoche, sólo le quedaban tres.

Una era una cena de negocios más bien etílica. Afortunadamente, ahora que la barra estaba cerrada, los clientes empezaban a tranquilizarse un poco. La segunda mesa estaba ocupada por una pareja que parecía tener problemas. La mujer apenas había probado bocado y estaba claramente incómoda con su vestido de terciopelo exageradamente ajustado.

Millie decidió que seguramente acababa de tener un niño y le daba vergüenza salir con su guapísimo, pero pasivo-agresivo, marido.

–Sólo vas a tomar pescado a la plancha, ¿verdad, cariño?

Y luego estaba la pareja guapa. La que estaba rompiendo.

Rubia, esbelta, y casi temblando por los nervios,

una mujer impresionante imploraba que la escuchase, apretando su mano mientras su... Millie no podría decir si el hombre era su marido, su prometido... no, ninguna de las dos cosas. Su novio o quizá su amante miraba hacia otro lado, impasible.

–Por favor, si quisieras escucharme... escucharme de verdad.

Eran demasiado ricos como para preocuparse por la camarera, pero las orejas de Millie se volvieron elásticas al oír las súplicas de la belleza rubia, los ojos azules llenos de lágrimas.

–Antes de que digas que no, escucha lo que tengo que decir... por favor.

–Quizá tú deberías escucharme a mí –replicó él.

Tenía acento y su voz era ronca, profunda, divina. Pero como hasta entonces las únicas palabras que Millie le había oído pronunciar habían sido: «un filete poco hecho y una ensalada de tomate», por el momento no podría decir de dónde era.

–Llevo toda la noche diciéndote que no, pero tú insistes.

–¿Por qué crees que insisto, Levander?

Ruso, decidió Millie. Ni él ni la rubia habían probado la cena. De seguir el protocolo, debería preguntarles si todo estaba a su gusto, pero no quería interrumpir aquella tensa conversación y, como era su última noche en Melbourne, el protocolo se fue a la porra.

–Insistes porque esperas que cambie de opinión. ¿Cuántas veces tengo que decirte que eso no va a pasar?

Aunque la cocina ya había cerrado, Millie sintió

la tentación de ofrecerles la carta de postres. Preparada incluso a hacerlos ella misma si así podía seguir escuchando.

Estaba fascinada.

Fascinada.

Desde que entraron en el restaurante la habían dejado boquiabierta.

Por él.

Cuando había entrado en el restaurante, tan alto, tan serio, tan vagamente familiar con su elegante traje oscuro, todas las cabezas se habían girado hacia él. Ross, el gerente, los había llevado a una mesa al fondo del restaurante y luego le advirtió que los atendiera bien.

–Sé todo lo solícita que puedas, ¿de acuerdo?

La mujer era guapísima, sí; cualquier otra noche sería un sujeto fascinante para sus fantasías, pero se volvía insignificante al lado de aquel hombre tan...

Exquisito.

Como artista, a menudo le preguntaban de dónde salía su inspiración y allí estaba un fragmento de la respuesta.

La inspiración llegaba en los sitios y en los momentos más inesperados. Doce horas antes de irse de Australia, doce horas antes de volver a casa, en Londres, debería estar pensando en el millón de cosas que tenía que hacer. Debería estar haciendo listas y decidiendo si podía permitirse pasar una noche en Singapur. En lugar de eso, estaba consumida de curiosidad por aquel hombre fascinante. Su belleza la inspiraba.

Su estructura ósea era impecable y sus facciones, perfectas. Le habría encantado pintarlo. Tenía los pómulos altos, típicamente eslavos, la mandíbula cuadrada. Llevaba el pelo más largo de lo habitual, castaño oscuro y, fuera cual fuera la paleta que había usado su creador, la brocha había sido bañada dos veces en el mismo bote de pintura porque sus ojos eran castaños también, aunque más brillantes.

La mujer que iba con él era una belleza, seguramente una de las mujeres más guapas que había visto nunca, pero palidecía a su lado. Todo a su alrededor palidecía y a Millie le habría gustado capturar eso, convertirlo en el único foco de luz, como una muñeca rusa interminable. Él, la cosa más exquisita y el resto, la mujer, los clientes, los empleados, la calle, objetos medio borrosos haciéndose cada vez más pequeños hasta desaparecer.

–Eres un canalla –la mujer prácticamente escupió esas palabras. Pero él no reaccionó, ni siquiera se molestó en discutírselo.

–Debe ser hereditario.

–¿Entonces ya está? Después de todo lo que te he contado... te quedas ahí sin decir nada.

Él no contestó. Parecía tan aburrido que tuvo la audacia de bostezar.

–¿Ni siquiera vas a pensártelo?

De nuevo, el hombre no contestó. Airada, la rubia se levantó y salió del restaurante sin poder contener las lágrimas. Fuera lo que fuera para él, había dejado de serlo. Desde aquel momento era una ex.

–Está esperando que salga corriendo detrás de ella... –esos ojos marrones se clavaron en Millie, sus pestañas tan largas, la mirada tan intensa que, por un momento, el mundo pareció detenerse.

«Yo lo esperaría», pensó, atónita de que hablase con ella, de que no pareciera ni remotamente avergonzado por su actitud.

–Me quedaré aquí un rato más... espero que así entienda el mensaje y se vaya a casa.

–A lo mejor lo llama al móvil –se atrevió a decir Millie, poniéndose colorada. Porque no debía meterse en la conversación. Las órdenes del gerente eran muy claras: debía sonreír y hacer su trabajo sin abrir la boca.

Pero no podía hacerlo.

Los ojos del hombre la mantenían clavada al suelo y el impacto de verlo tan cerca, de charlar con él, era devastador. Y él debía saberlo porque en lugar de apartar la mirada, en lugar de hacer un gesto para que se retirase, respondió con una pregunta.

–¿Usted esperaría?

–Quizá... –empezó a decir Millie, intentando llevar aire a sus pulmones. Y no porque Ross, el gerente, estuviera observando la escena–. Una vez que me hubiera calmado... –no pudo terminar la frase porque en ese momento, y como había imaginado, sonó su móvil.

Pero en lugar de alejarse discretamente, en lugar de volver a la cocina para que él pudiese hablar, se quedó allí, observando, transfigurada, mientras él

desconectaba tranquilamente el teléfono. Tenía los dedos largos, dedos de artista. Quizá era eso lo que la atraía de él, pensó.

–Gracias por la advertencia.

–De nada –murmuró Millie, colorada hasta la raíz del pelo.

–Otro, por favor –dijo él entonces, señalando su vaso de vodka.

Millie estuvo a punto de decir que no, que el bar estaba cerrado. Pero al ver a su jefe asentir frenéticamente con la cabeza, se limitó a sonreír mientras se acercaba a la barra.

–¿Se puede saber qué está pasando? –le preguntó Ross.

–¿A qué te refieres?

–No te hagas la tonta. ¿De qué estabas hablando con Levander?

–Nada, sólo estábamos charlando –Millie volvió a ponerse colorada y no sólo porque la hubiese pillado... hasta su nombre era sexy–. Tú mismo me dijiste que los atendiera bien. Habría sido una grosería marcharse sin decir nada.

Ross dejó escapar un suspiro.

–¿Quieres que le lleve yo la copa?

–No, no –contestó ella, mientras su jefe servía un vaso de vodka–. ¿Le llevamos el oporto a los de la mesa uno? Se van a enfadar si ven que servimos a otro cliente.

–La barra está cerrada –dijo Ross, poniendo el vaso de vodka en la bandeja–. Para todo el mundo menos para un Kolovsky.

–¿Kolovsky? –repitió ella, intentando recordar dónde había oído ese apellido.

–Es dinero ruso.

Millie se llevó una desilusión cuando dejó el vaso de vodka sobre la mesa y él no se molestó en mirarla, ni siquiera le dio las gracias. Nunca había tardado tanto en servir una copa ni en apartarse, esperando volver a ser el centro de su atención.

Pero no fue así.

–Puedes irte a casa, Millie –le dijo Ross cuando los hombres de negocios salieron por fin del restaurante. Pero las palabras que llevaba toda la noche deseando escuchar no le parecían tan agradables ahora. A pesar del cansancio, a pesar de las maletas vacías esperando que las llenara para ir al aeropuerto, de repente no le apetecía irse.

No podía dejar de mirar al extraño que, en aquel momento, tomaba un trago de vodka. Ross estaba haciendo lo mismo.

–Será mejor que me ponga a trabajar en la oficina... parece que va a quedarse aquí toda la noche.

Millie arrugó el ceño. Servir una copa más a un buen cliente no era nada raro, pero que Ross estuviera dispuesto a cerrar una o dos horas más tarde no tenía precedente.

–Da muy buenas propinas –le explicó luego, abriendo la carpeta de terciopelo negro que usaban para pasar la cuenta y sacando de ella una indecente cantidad de billetes–. Parece que, al final, vas a poder pasar por Singapur.

–¡Madre mía!

–Te lo mereces. Has sido una camarera estupenda. Toma, aquí está el sueldo de este mes y las propinas... y una carta de referencia. Si vuelves algún día a Melbourne, aquí siempre habrá un puesto de trabajo para ti.

Más que nada, Millie odiaba las despedidas. Ross nunca había sido exactamente un amigo, pero aun así sus ojos se llenaron de lágrimas. Quizá era la emoción, quizá saber que no volvería nunca. Su sueño de viajar a Australia para mostrar su obra había sido un fracaso pero, fuera cual fuera la razón, le devolvió el abrazo.

Sin aquel trabajo habría tenido que volver a Londres mucho antes.

Sin aquel trabajo siempre se preguntaría si habría podido conseguirlo.

Le gustase o no, al menos ahora tenía la respuesta.

Tenía un millón de cosas que hacer pero, en lugar de girar a la izquierda cuando salió del restaurante, Millie giró a la derecha, hacia la ruidosa calle Collins. Paseando con sus zapatos de tacón, a los que tenía que poner tapas, se dirigía a la galería de arte para echar un último vistazo a su obra.

Y entonces se fijó. Giró la cabeza tan abruptamente que estuvo a punto de sufrir un esguince cervical mientras ponía un nombre a un hermoso rostro.

La casa Kolovsky.

El frontal azul y las letras doradas eran conocidas en todo el mundo; pero tan ajenas a ella que hasta entonces no se había fijado. Incapaz de resistirse en aquel momento, miró el magnífico escaparate decorado con sedas, la marca de fábrica de Kolovsky, y ópalos tan grandes como huevos de avestruz. Parecían estar tirados de cualquier manera, pero el efecto era tan increíble que Millie no tenía duda de que cada joya había sido colocada con precisión militar.

La casa Kolovsky era conocida por sus colecciones de moda al igual que por las propias telas: ricas y pesadas sedas que, supuestamente, tenían el mismo efecto mágico que los ópalos. Capturaban la luz y, como decían los entendidos, cambiaban de color según el humor de la mujer que las llevase.

Millie había levantado una ceja, incrédula, cuando leyó un artículo sobre la casa Kolovsky en una revista, pero con la nariz prácticamente pegada al escaparate, admirando las fabulosas telas y la suntuosa atención al detalle, casi podía creerlo.

Lo que no podía creer era lo que había pasado hacía un rato: que ella hubiera coqueteado, o algo así, con nada más y nada menos que Levander Kolovsky.

Lo había visto antes, ahora lo recordaba. Levander Kolovsky era un notorio playboy, la joya de las revistas australianas, que fotografiaban todos sus movimientos.

Millie soltó una carcajada. Había estado tonteando con el mujeriego más famoso de Melbourne. Cuando se lo contase a Anton...

Apartándose del escaparate, Millie decidió echar un último vistazo. Le habría encantado envolverse en aquellas maravillosas sedas, pero nunca podría permitírselo, pensó, dirigiéndose a la galería. En aquel momento no podía permitirse prácticamente nada... que era como una torturada artista debía empezar, se dijo.

Pero eso, que solía animarla, no la animaba en absoluto en aquel momento; la realidad golpeándola cuando llegó frente a la galería.

Pronto dejaría de ser una artista en ciernes.

En lugar de eso, sería una profesora.

Viendo luz en el interior, Millie se apartó un poco para que Anton, el propietario, no la viera llorar mientras se despedía de sus sueños.

–¿Cuál es el tuyo?

Cuánto tiempo llevaba allí, Millie no tenía ni idea. Estaba tan perdida en sus pensamientos que no se había fijado en el hombre que acababa de aparecer a su lado.

Levander Kolovsky.

–Ése de ahí –contestó, señalando un óleo pequeño con mano temblorosa.

Era un campo de hierba y flores, cada brizna sonriendo, cada flor con una expresión diferente. Y, en medio, un niño de madera sin facciones... era su pieza favorita y evocaba tantos recuerdos que se le rompería el corazón si algún día se vendiese. Pero había esperado que fuera ese cuadro el que lanzase su carrera.

–¿Te habías drogado cuando pintaste ese cuadro?

–¡No! –Millie soltó una risita, no sólo por la pre-

gunta sino por la pronunciación. Aunque hablaba su idioma perfectamente, tenía un fuerte acento. Quizá era por eso por lo que un comentario tan ofensivo sonaba simpático.

Levander Kolovsky estaba mirando fijamente el cuadro. Para un artista eso era un cumplido, alguien intentando entender su trabajo en lugar de mirarlo rápidamente y pasar a otro.

–Mi hermano es autista –explicó Millie por fin–. Cuando era pequeña, el médico me explicó que ésa era la razón por la que no me abrazaba ni mostraba afecto. Así era como mi hermano veía el mundo. Las nubes, los árboles, la hierba y los animales eran para él tan importantes como cualquiera de nosotros... para mi hermano, los objetos inanimados son las personas. Ésa soy yo –dijo, señalando una mancha marrón en medio de la tela.

Él no contestó enseguida. Estaba mirando, mirando de verdad el cuadro.

–Una vez conocí a un niño... gritaba como un loco cuando tenía que irse a la cama –Levander Kolovsky se volvió, mirándola con sus ojos almendrados–. Se mostraba aterrorizado. ¿Tú crees que la cama era real para él? Quizá pensaba que iba a hacerle daño...

Millie se preguntó a quién se referiría. Pero eso no importaba. Lo importante era que su trabajo hubiera provocado tal pensamiento, tal recuerdo, tal pregunta.

–No lo sé, pero supongo que es posible.

–¿Y puedo preguntar el nombre de la artista?